

Capítulo IV

ESTRATEGIAS FAMILIARES DE TRABAJO Y BIENESTAR DE LOS HOGARES

HASTA AQUÍ SE HA PODIDO CONSTATAR una dinámica de crecimiento de los salarios e ingresos reales con incidencia sobre una mejora de los ingresos familiares promedio y su magnitud diferenciada en función de la pertenencia a la estructura de relaciones de clase con la que se asocian formas distintas de (des)integración de los hogares en la estructura económica y laboral. En este capítulo, se busca conocer si las EFT cumplen alguna función para contrarrestar o mitigar el deterioro en las condiciones de bienestar causado por las políticas de ajuste estructural y la recesión, considerando la evolución de la línea de pobreza.

Para avanzar en este propósito, se abordan, en primer lugar, las variaciones en la desigualdad distributiva, por cuanto la apropiación diferenciada de la renta generada por el esfuerzo colectivo se interrelaciona con los resultados de las estrategias o arreglos de trabajo para reforzar o atenuar la incidencia, intensidad y/o severidad de la pobreza; en segundo lugar, se intenta develar cómo ambos procesos interactúan para la persistencia de la pobreza y su evolución entre los dos períodos.

DESIGUALDAD DEL INGRESO

Bolivia se caracteriza por una desigualdad significativa en comparación con otros países de América Latina, con un coeficiente de Gini de 0,58 (UDAPE, 1998). Sin embargo, los dos contextos locales estudiados son

una muestra de los grados distintos de desigualdad que se presentan en las ciudades capitales del eje central (La Paz, Cochabamba y Santa Cruz), donde se concentran la propiedad, la generación de riqueza y la fuerza de trabajo, *vis-à-vis* con el resto de las ciudades capitales, donde se incluye El Alto.

En La Paz, la desigualdad del ingreso de las personas es mayor al promedio y adopta un carácter más regresivo con el tiempo; por un lado, el 20% más pobre de la población reduce su participación relativa en el ingreso total (del 4,2 al 3,1%) mientras que el 20% más rico se apropia de un porcentaje cada vez mayor (del 46 al 60%); el aspecto más destacable en esta evolución es que el 10% de ingresos más altos ha pasado a apropiarse del 52% del ingreso total (14% por encima de 1989), lo que remite a una distribución del ingreso altamente desigual hacia el año 2000. Esta tendencia se halla en absoluta consonancia con el desplazamiento de la generación de riqueza hacia la empresa privada y de los ingresos laborales altos y medios al polo de ocupaciones calificadas que, desde el Estado y el sector privado, cumplen el rol de asegurar las tasas de ganancia de los inversores, limitando la redistribución.

En El Alto, la desigualdad en el ingreso de las personas es menor que el promedio y, a diferencia de La Paz, presenta una evolución redistributiva entre los dos períodos, aunque en beneficio de los estratos medios; el 20% más pobre disminuye su participación en la renta (del 5,6 al 4,8%); también los ricos son menos ricos, pues la renta de la que se apropian se reduce (del 41 al 37%), mientras que aquellos que se sitúan en el cuarto y tercer quintil, en ese orden, ven mejorar su participación relativa (del 31,6 al 35,3%). En ausencia de un sector empresarial dinámico en la generación de empleo estable y adecuadamente remunerado, esta orientación redistributiva parece estar vinculada con la expansión y permanencia competitiva de una parte de las unidades económicas familiares y semiempresariales que emergieron a finales de los años ochenta, favorecidas por el rápido crecimiento de la población alteña y la provisión de bienes y servicios a los pobladores de su entorno rural.

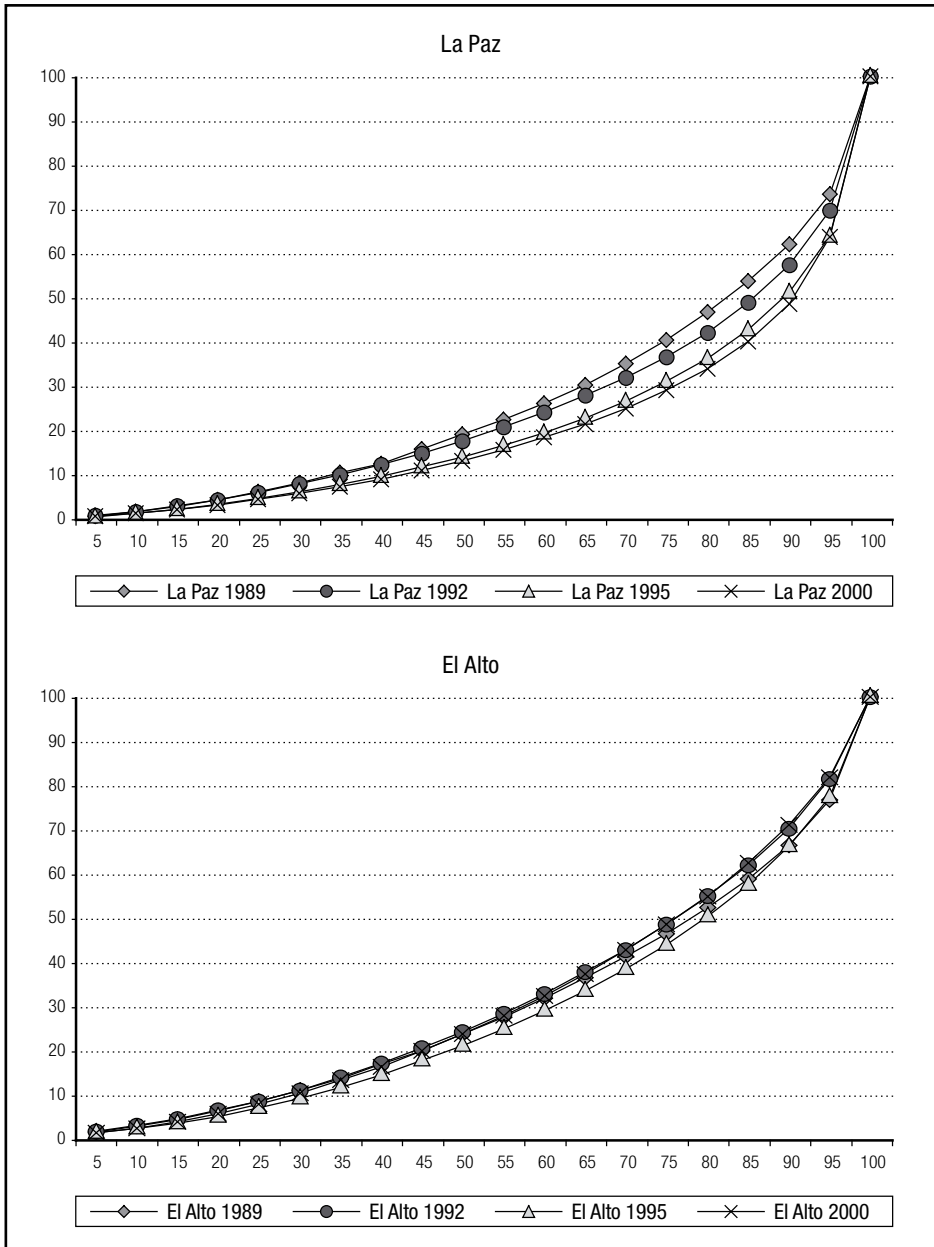
Este recuento es pertinente en la perspectiva de comparar la distribución de los ingresos personales y de los hogares. De este modo, se puede observar que las EFT y los arreglos resultantes contribuyen a contrarrestar el carácter regresivo del ingreso en La Paz, suavizando la concentración en el quintil más rico (incluido el 10% de ingresos más altos) pero en beneficio casi exclusivamente de los quintiles medios. En cambio, en El Alto, las EFT apenas modifican la estructura de la distribución. Por lo tanto, es posible concluir que las EFT pueden contribuir a atenuar la situación de vulnerabilidad de los hogares, pero no cumplen ni pueden cumplir una función orientada a resolver los problemas de desigualdad, dadas las condiciones estructurales que generan la inequidad.

El grado de desigualdad del ingreso de los hogares medido por el coeficiente de Gini y su evolución muestra que, en La Paz, la desigualdad en los ingresos de los hogares se profundiza pasando de moderada a alta (0,49 a 0,61), mientras que el 20% más rico se apropia de un ingreso casi 12 veces mayor en comparación con el 20% más pobre. En cambio, en El Alto, la desigualdad se atenúa para pasar de moderada a baja (0,46 a 0,40), en tanto que la relación entre el ingreso del 20% más rico es 6 veces mayor al que concentra el quintil más pobre. La evolución diferenciada de la desigualdad en los dos contextos locales puede atribuirse exclusivamente a las fuertes disparidades de ingreso entre los ocupados con mayor o menor calificación observadas en La Paz. Por lo demás, ambas ciudades comparten una estructura del empleo asentada en ocupaciones de baja productividad y/o de bajos ingresos, con modalidades cada vez más flexibles en el uso de mano de obra y con elevados niveles de desempleo abierto.

En la medida en que esta estructura es el saldo de un período anterior caracterizado por mayores niveles de crecimiento económico, es muy poco probable esperar cambios en el perfil configurado; la crisis económica que se desata a fines de los noventa no hace más que reflejar las mayores dificultades que se presentan para mejorar la inserción del país en el comercio internacional y para reactivar el circuito de la inversión, producción y consumo. Por lo tanto, las condiciones para avanzar en una distribución más equitativa del ingreso en La Paz o para elevar los ingresos manteniendo una orientación redistributiva en El Alto no están dadas ni lo estarán durante muchos años, ya que los ingresos laborales, que son el principal componente de la distribución, dependen de un perfil ocupacional que tiende a consolidarse e incluso a tornarse más precario por efecto de las prácticas empresariales de competitividad espuria basadas en el abaratamiento de los costos laborales.

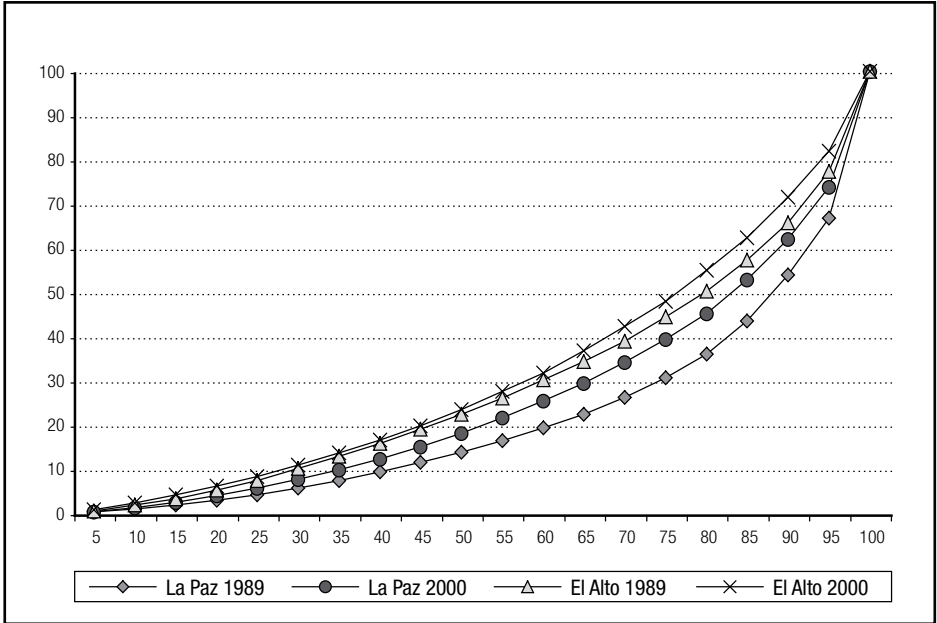
Es en el marco de estas tendencias diferenciadas que pueden explicarse mejor las variaciones en la evolución de la pobreza en las dos ciudades (gráficos 20a y 20b).

Gráfico 20a
Distribución de los ingresos laborales personales, 1989-2000



Fuente: Elaboración propia con base en INE (1989); CEDLA (2000).

Gráfico 20b
Distribución de los ingresos laborales de los hogares, 1989-2000



Fuente: Elaboración propia con base en INE (1989); CEDLA (2000).

ESTRATEGIAS FAMILIARES DE TRABAJO Y LÍNEA DE POBREZA

En este acápite, se analiza la evolución de los principales indicadores de pobreza, intentando una aproximación a los efectos que han tenido las estrategias familiares de trabajo para mitigar su incidencia e intensidad. La línea de pobreza ha sido definida a partir de patrones de consumo observados en las dos ciudades y, por lo tanto, con costos diferenciados de la canasta total y de la canasta alimentaria.

INCIDENCIA DE LA POBREZA

Como los ingresos por trabajo son la fuente principal de sustento de los hogares, los problemas analizados hasta ahora –crecimiento económico lento, desigualdad en la distribución del ingreso y, en particular, los bajos ingresos entre los trabajadores no calificados– se combinan para la persistencia de índices de pobreza elevados, a pesar de su disminución entre 1989 y 2000.

En las dos ciudades, se ha verificado una importante reducción en la incidencia de la pobreza relativa. No obstante, en La Paz, la pobreza todavía afecta al 57% de los hogares y apenas ha disminuido en un 12%

respecto a 1989. En El Alto, el porcentaje de hogares en situación de pobreza es del 60%, con una incidencia inferior en 26% a la observada en el año base. En este recorrido, dos aspectos llaman la atención; primero, las diferencias en el ritmo de reducción de la pobreza; segundo, el nivel relativamente similar de su incidencia en las dos ciudades en el año 2000. Esto puede atribuirse tanto a un menor grado de desigualdad como al carácter más redistributivo de los ingresos en El Alto, lo que habría repercutido en una mejora relativa en el bienestar de los hogares, sobre todo entre aquellos situados en los quintiles medios de la distribución, a diferencia de La Paz, donde la desigualdad aumenta –a pesar de una redistribución que beneficia a los estratos medios–, lo que limita un mayor avance en la superación de la pobreza y, sobre todo, de la indigencia.

En efecto, lo que sucede en El Alto es que la menor incidencia de la pobreza obedece a una drástica reducción de los hogares en situación de indigencia del 68 al 33%, en tanto que en La Paz, la probabilidad de salir de la indigencia ha sido mucho menor, ya que esta se reduce apenas del 37 al 30%. En ambas ciudades, los hogares pobres han disminuido en muy baja proporción.

Vista esta evolución, en términos absolutos el panorama es menos optimista, puesto que, después de un fuerte crecimiento de la población en El Alto, los hogares pobres e indigentes han aumentado desde 56 mil en 1989 a 80 mil en 2000; a su vez, en La Paz, la pobreza e indigencia siguen afectando a 90 mil hogares. Por lo tanto, la persistencia de la pobreza sigue siendo un problema crítico de inequidad que ubica a estas dos ciudades –lo mismo que a otras ciudades capitales del país– entre aquellas con mayor incidencia de la pobreza e indigencia en la región (Cuadro 8).

Cuadro 8
Hogares según incidencia de la pobreza, 1989-2000

Nivel de pobreza	La Paz				El Alto			
	1989		2000		1989		2000	
	Absoluta	Relativa (%)	Absoluta	Relativa (%)	Absoluta	Relativa (%)	Absoluta	Relativa (%)
Indigente	72.407	37,1	47.716	30,2	45.239	68,5	44.004	32,8
Pobre	62.453	32,0	42.818	27,1	11.558	17,5	35.955	26,8
No pobre	60.307	30,9	67.466	42,7	9.246	14,0	54.201	40,4
Total	195.167	100,0	158.000	100,0	66.043	100,0	134.160	100,0

Fuente: Elaboración propia con base en INE (1989); CEDLA (2000).

Con los cambios en la inserción ocupacional de los hogares y la creciente pérdida de calidad de los empleos, se puede concluir que una mayor movilización de los miembros de los hogares en La Paz no redonda necesariamente en una menor incidencia de la pobreza, pero sirve para

mitigar la situación de indigencia, a condición de que los hogares despliegan a tres o más activos. En cambio, en El Alto, la incidencia de la pobreza, y en particular de la indigencia, es significativamente menor a medida que aumenta el número de activos de los hogares, lo que –además de una evolución más redistributiva del ingreso– se asocia con la importancia relativa que adquiere un aumento en los perceptores en el ingreso familiar, en comparación con La Paz (Cuadro 9).

No obstante, la otra cara de un mayor esfuerzo laboral de los hogares para salir de la indigencia es la incorporación temprana de los niños y adolescentes al mercado de trabajo, lo que podría tener efectos sobre la transmisión intergeneracional de la pobreza, tanto por el carácter precario de las primeras ocupaciones que marcan la trayectoria laboral de las personas como por el hecho de estar acompañadas por altas tasas de deserción escolar³³.

Cuadro 9

Línea de pobreza en hogares con un activo y con más de un activo, 1989-2000 (en %)

La Paz	Nivel de pobreza				El Alto	Nivel de pobreza			
	Indigente	Pobre	No pobre	Total		Indigente	Pobre	No pobre	Total
2000					2000				
Un activo	31,9	25,4	42,7	100,0	Un activo	42,1	28,5	29,4	100,0
Dos activos	30,9	25,1	44,0	100,0	Dos activos	31,1	26,0	42,9	100,0
Tres y más activos	25,5	34,8	39,7	100,0	Tres y más activos	22,4	26,1	51,5	100,0
Total	30,2	27,1	42,7	100,0	Total	32,8	26,8	40,4	100,0
1989					1989				
Un activo	44,8	27,9	27,3	100,0	Un activo	75,2	15,8	9,0	100,0
Dos activos	29,9	33,3	36,7	100,0	Dos activos	66,7	15,3	18,0	100,0
Tres y más activos	35,2	39,4	25,4	100,0	Tres y más activos	52,4	28,6	19,0	100,0
Total	37,1	32,0	30,9	100,0	Total	68,5	17,5	14,0	100,0

Fuente: Elaboración propia con base en INE (1989); CEDLA (2000).

INTENSIDAD DE LA POBREZA

En la evolución de los ingresos de los hogares según el nivel de pobreza es notoria la distancia que separa a los ingresos de los pobres respecto a los no pobres. En las dos ciudades, los hogares indigentes y pobres apenas aumentan sus ingresos familiares reales entre 1989 y 2000, mientras que los hogares no pobres presentan una mejora significativa, en particular en La Paz. De esta manera, en el año 2000, el ingreso de los

33 De acuerdo con la CEPAL (2000), tres de cada cuatro jóvenes en esta situación dejan de estudiar.

hogares no pobres llega a ser 4 veces mayor al de los pobres y 8 veces mayor al de los indigentes, mientras que, con un menor margen, en El Alto pasan a representar 2 y 3,5 veces más. Además de los bajos ingresos laborales, en particular entre sus principales aportantes, el nivel del ingreso per cápita que presentan los hogares pobres estaría mostrando también una mayor tasa de dependencia (menores en relación con adultos activos), lo que agrava su situación (Cuadro 10).

Cuadro 10

Indicadores de ingresos de los hogares por líneas de pobreza, 1989-2000 (en Bs. de 1990)

La Paz	Nivel de pobreza							
	Indigente		Pobre		No pobre		Total	
	1989	2000	1989	2000	1989	2000	1989	2000
Perceptores de ingreso*	1,4	1,5	1,8	1,8	1,7	1,8	1,6	1,7
Ingreso por perceptor	184,8	202,9	318,4	327,4	803,4	1.395,9	418,4	745,7
Ingreso jefe	209,9	237,3	359,6	374,3	957,2	1.654,1	508,5	887,1
Ingreso horario jefe	1,4	1,2	2,0	1,8	5,1	8,3	2,8	4,4
Ingreso familiar	243,7	279,9	514,9	517,1	1.307,8	2.206,5	658,9	1.166,3
Ingreso per cápita	48,8	55,4	118,1	122,6	373,0	637,2	171,1	321,9
Jornada/Horas mes del hogar	272,9	241,8	352,4	229,8	377,3	221,8	330,7	229,7
Total hogares (%)	37,1	30,2	32,0	27,1	30,9	42,7	100,0	100,0

El Alto	Nivel de pobreza							
	Indigente		Pobre		No pobre		Total	
	1989	2000	1989	2000	1989	2000	1989	2000
Perceptores de ingreso*	1,5	1,4	1,7	1,9	2,0	1,9	1,8	1,6
Ingreso por perceptor	194,4	190,8	277,1	290,8	496,9	604,6	338,9	293,0
Ingreso jefe	220,6	208,1	324,8	321,9	573,7	640,5	392,8	1,5
Ingreso horario jefe	1,1	1,2	1,5	1,8	2,7	2,9	1,9	307,0
Ingreso familiar	263,2	255,4	441,1	493,9	914,1	1.058,7	574,0	103,8
Ingreso per cápita	49,2	53,4	93,7	117,5	232,9	333,9	135,4	266,2
Jornada mensual hogar	331,0	271,7	397,1	366,4	484,4	405,8	410,8	1,6
Total hogares (%)	68,5	32,8	17,5	26,8	14,0	40,4	100,0	100,0

Fuente: Elaboración propia con base en INE (1989); CEDLA (2000).

* Promedio por hogar.

Con esta evolución, se observa que los hogares pobres siguen siendo muy pobres, ya que el déficit medio de sus ingresos disminuye levemente, lo mismo que la desigualdad de sus ingresos; el coeficiente de Gini de los pobres apenas se reduce en las dos ciudades: en La Paz, de 0,29 a 0,26; y en El Alto, de 0,27 a 0,22 (Cuadro 11).

Cuadro 11
La Paz y El Alto: indicadores de pobreza de los hogares, 1989-2000

La Paz	1989	2000	El Alto	1989	2000
Incidencia de pobreza (H)	0,6914153	0,5732796	Incidencia de pobreza (H)	0,8601399	0,5960000
Intensidad de pobreza (I)	0,0390947	-0,7443493	Intensidad de pobreza (I)	0,5571711	0,4180000
Coefficiente de Gini pobres	0,2900619	0,2647302	Coefficiente de Gini pobres	0,2747663	0,2220015
Índice de Sen	0,2197434	-0,1619901	Índice de Sen	0,5839021	0,3261341
Brecha de pobreza (H*I)	0,0270307	-0,4267203	Brecha de pobreza (H*I)	0,4792450	0,2491280
Coefficiente de Gini	0,4912195	0,6102782	Coefficiente de Gini	0,4629359	0,4039182

Fuente: Elaboración propia con base en INE (1989); CEDLA (2000).

La intensidad de la pobreza es precisamente un indicador que muestra el déficit promedio de ingresos de los hogares pobres como una proporción de la línea de pobreza, indicando qué tan pobres son los pobres. El examen de este índice deja ver que con el tiempo la brecha de ingresos se reduce en las dos ciudades, pero sigue siendo extremadamente alta; en La Paz, los hogares indigentes tienen un ingreso que equivale a 0,70 líneas de pobreza (0,73 en 1989), mientras que en El Alto la brecha es menor con un índice de 0,59 (0,64 en 1989); la situación es menos crítica en el caso de los hogares pobres, a pesar de que no han visto reducir la proporción del déficit entre los dos momentos; con un mismo índice en 1989 y 2000, esta brecha es mayor en La Paz (0,34) en comparación con El Alto (0,22 en 1989 y 0,21 en 2000). En otros términos, los hogares indigentes son extremadamente pobres en las dos ciudades y no es posible vislumbrar, al menos, su tránsito hacia niveles más atenuados de pobreza (Cuadro 12).

Nuevamente, el examen de las características laborales asociadas a la pobreza muestra que los hogares con inserciones precarias altas y medias son los que presentan mayores brechas o déficits de ingresos, tanto entre los indigentes como entre los pobres. En el otro extremo, los hogares con inserciones plenas se han beneficiado con una mejora sustantiva de sus ingresos familiares; es decir que opera una transferencia desde los grupos indigentes a los no pobres con diferencias de magnitud atribuibles al grado distinto de desigualdad del ingreso en las dos ciudades. En La Paz, los hogares no pobres han visto aumentar sus ingresos desde el equivalente a 1,09 líneas de pobreza a 2,46 y, en El Alto, desde 0,95 a 1,23, lo que significa que, para estos hogares que hoy han esquivado la pobreza, existen mayores riesgos de volver a caer en esta situación. Finalmente, se puede apreciar también que, con el tiempo, los hogares no pobres con inserciones laborales no precarias o precarias bajas han

capitalizado en su favor ingresos por encima de la línea de pobreza, puesto que sus homólogos con precariedad media y alta obtienen ingresos apenas por encima de la línea de pobreza (Cuadro 12).

Cuadro 12

Intensidad de la pobreza según calidad de la inserción laboral del hogar, 1989-2000

La Paz	Nivel de pobreza							
	Indigente		Pobre		No pobre		Total	
	1989	2000	1989	2000	1989	2000	1989	2000
Hogar no precario	0,60	0,60	0,33	0,26	-1,53	-3,16	-0,84	-2,49
Hogar precario bajo	0,72	0,68	0,29	0,33	-0,97	-2,46	0,02	-0,59
Hogar precario medio	0,78	0,74	0,39	0,43	-0,47	-2,01	0,48	0,03
Hogar precario alto	0,70	0,70	0,34	0,33	-0,75	-0,80	0,30	0,19
Total	0,73	0,70	0,34	0,34	-1,09	-2,46	0,04	-0,75

El Alto	Nivel de pobreza							
	Indigente		Pobre		No pobre		Total	
	1989	2000	1989	2000	1989	2000	1989	2000
Hogar no precario	0,50	0,54	0,20	0,20	-2,09	-1,35	-0,70	-0,79
Hogar precario bajo	0,65	0,54	0,22	0,21	-1,35	-0,75	0,11	-0,21
Hogar precario medio	0,68	0,67	0,22	0,16	-0,54	-1,81	0,59	0,03
Hogar precario alto	0,63	0,58	0,22	0,23	-0,77	-0,60	0,38	0,16
Total	0,64	0,59	0,22	0,21	0,95	-1,23	0,31	-0,14

Fuente: Elaboración propia con base en INE (1989); CEDLA (2000).

PRECARIEDAD LABORAL, (DES)INTEGRACIÓN SOCIAL Y LÍNEA DE POBREZA

La magnitud relativa de la pobreza también está asociada con el tipo y la calidad de la inserción laboral de los hogares. Es decir que, dependiendo de los arreglos resultantes, las probabilidades de salir del circuito de la pobreza son diferenciadas; a su vez, estos arreglos interactúan con la pertenencia a una determinada posición en la estructura de clase. A continuación, se analiza la incidencia de estos factores en su conjunto sobre el bienestar de los hogares.

Dada la mayor precariedad del empleo y las bajas remuneraciones en los estratos medios e inferiores de la estructura ocupacional, solamente los hogares que han logrado una ocupación plena de sus miembros, o aquellos en los cuales al menos los jefes de hogar logran

esta condición siendo asalariados (precariedad baja y media), han tenido mayores probabilidades de salir de la pobreza. Así, en todos los grupos sociales, son los hogares cuyos miembros sólo tienen acceso a ocupaciones precarias (precariedad alta) quienes mantienen altos índices de pobreza e indigencia.

Cuadro 13

Incidencia de la pobreza según calidad de la inserción laboral del hogar, 1989-2000 (en %)

La Paz	Incidencia de la pobreza						
	Indigente		Pobre		No Pobre		1989-2000
	1989	2000	1989	2000	1989	2000	Total
Hogar no precario	4,8	8,3	31,3	10,5	63,9	81,3	100,0
Hogar precario bajo	39,3	25,2	25,6	38,5	35,0	36,4	100,0
Hogar precario medio	61,6	55,6	20,9	20,9	17,4	23,5	100,0
Hogar precario alto	39,3	41,8	44,1	32,0	16,6	26,3	100,0
Total	37,1	30,2	32,0	27,1	30,9	42,7	100,0

El Alto	Incidencia de la pobreza						
	Indigente		Pobre		No pobre		1989-2000
	1989	2000	1989	2000	1989	2000	Total
Hogar no precario	21,1	10,8	36,8	23,1	42,1	66,2	100,0
Hogar precario bajo	63,2	24,2	12,3	23,5	24,6	52,4	100,0
Hogar precario medio	86,3	57,3	11,0	21,3	2,7	21,3	100,0
Hogar precario alto	67,9	41,0	20,4	32,7	11,7	26,3	100,0
Total	68,5	32,8	17,5	26,8	14,0	40,4	100,0

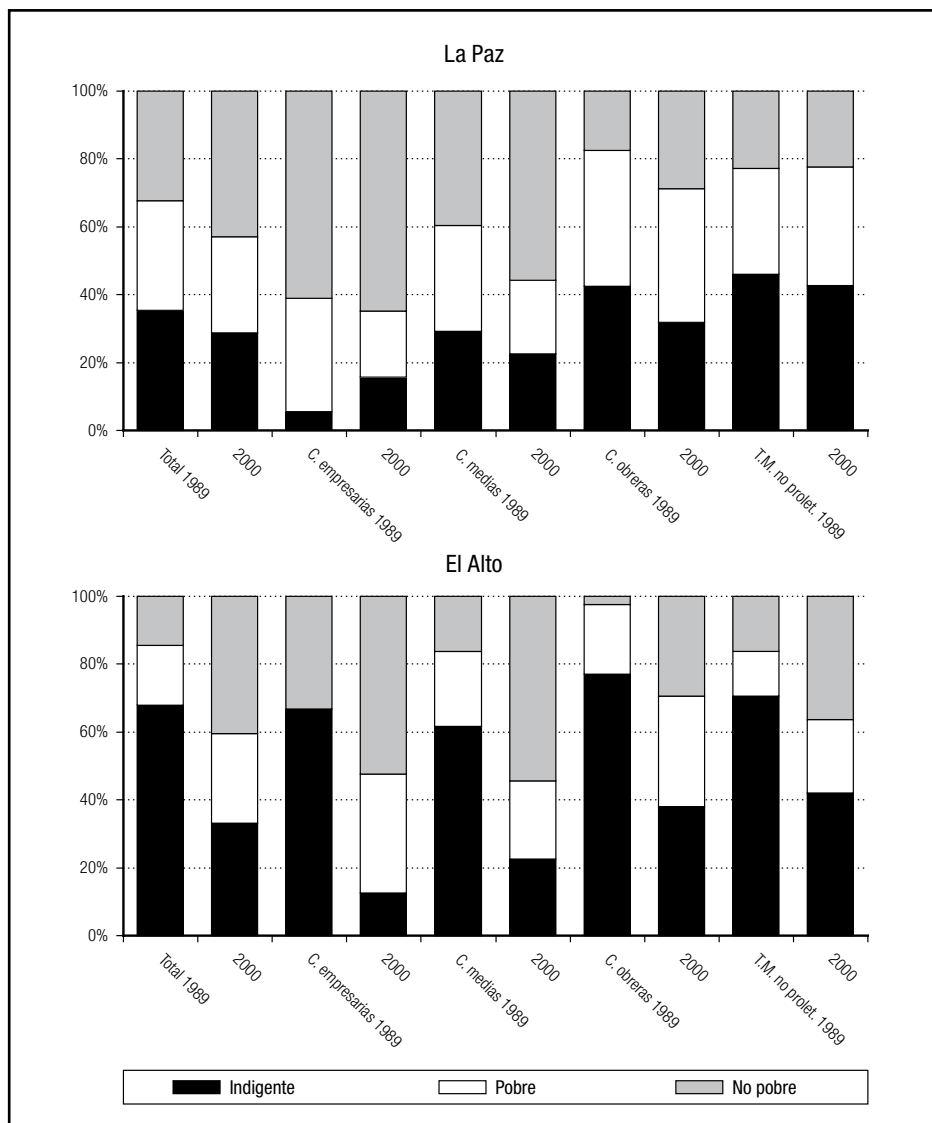
Fuente: Elaboración propia con base en INE (1989); CEDLA (2000).

Por lo tanto, dadas las trayectorias laborales analizadas hasta aquí, la probabilidad de ubicarse sobre la línea de pobreza es cada vez mayor solamente para los hogares que pertenecen a las clases empresariales y clases medias en las dos ciudades, aumenta levemente para los que pertenecen a la clase obrera y es prácticamente inexistente para el grupo manual no proletario en La Paz (que sigue manteniendo altos índices de pobreza). En cambio, en El Alto, habiendo sido los grupos más afectados por la pobreza en 1989 (en particular, aquellos que pertenecen a la clase obrera), sin salir de esta situación dominante, han logrado mejorar su posición relativa aumentando su presencia entre los hogares no pobres. A pesar de las mejoras observadas, los mayores índices de

pobreza entre los hogares obreros y manuales no proletarios dejan ver la persistencia de las peores condiciones de bienestar para el 45% de los hogares en La Paz y el 63% en El Alto que conforman estos grupos sociales (Gráfico 21).

Gráfico 21

Incidencia de la pobreza según posición del hogar en la estructura social, 1989-2000



Fuente: Elaboración propia con base en INE (1989); CEDLA (2000).

Considerando que bajo el concepto de precariedad laboral se agrupa a un sinnúmero de formas de trabajo –algunas antiguas y otras novedosas–, es posible concluir que la pobreza está cada vez más asociada con el predominio de empleos asalariados y no asalariados que presentan todas o algunas de las siguientes características: *discontinuidad del trabajo*, duración corta, riesgo elevado de pérdida, incertidumbre y temporalidad como norma; *incapacidad de control sobre el trabajo*, disponibilidad permanente, jornadas extensas, subordinación, elevado índice de rotación; *desprotección social del trabajador*, ausencia de prestaciones sociales, alta discriminación y segregación; *bajas remuneraciones*, salarios o ingresos mínimos, variables, sin promoción ni incentivos, etcétera.

En La Paz, el 70% de los hogares obreros, el 52% de los de clases medias y el 40% del grupo de trabajadores manuales no proletarios presenta inserciones altamente precarias; una situación parecida se encuentra en El Alto, donde los hogares obreros en un 60%, los de las clases medias en un 33%, el grupo manual no proletario en un 44% e incluso las clases empresariales en un 50% están concentrados en empleos altamente precarios. Esto alude a una situación crónica de inseguridad en el empleo y/o en los ingresos en el mercado laboral de donde emergen con más fuerza que antes situaciones de (des)integración social, en un movimiento constante de inclusión y desafiliación que lleva al empobrecimiento de la mayor parte de los hogares en ambas ciudades.

Reconociendo que estas tendencias se han generalizado en los diferentes países de América Latina, queda en evidencia que la intencionalidad integradora no forma parte del proyecto neoliberal (Pérez Sainz, 2003); todo lo contrario, el empleo y los ingresos son, y seguirán siendo, las principales variables de ajuste para mantener una inserción subordinada en la economía mundial, a la vez que el discurso de lucha contra la pobreza continuará siendo esgrimido como instrumento para aplacar las tensiones sociales que se originan en la exclusión social y la pobreza.

